

EL POETA
QUE LIBERÓ PARÍS

WAYNE JAMISON

EL POETA
QUE LIBERÓ PARÍS



En nuestra página web: <https://www.edhasa.es> encontrará el catálogo completo de Edhasa comentado.

Diseño de la sobrecubierta:  Calderón Studio®

Primera edición impresa: octubre de 2023
Primera edición en e-book: octubre de 2023

© Wayne Jamison, 2023
© de la presente edición: Edhasa, 2023
Diputación, 262, 2ª 1ª
08007 Barcelona
Tel. 93 494 97 20
España
E-mail: info@edhasa.es

Quedan rigurosamente prohibidas, sin la autorización escrita de los titulares del *Copyright*, bajo la sanción establecida en las leyes, la reproducción parcial o total de esta obra por cualquier medio o procedimiento, comprendidos la reprografía y el tratamiento informático, y la distribución de ejemplares de ella mediante alquiler o préstamo público.

Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, www.cedro.org) si necesita descargarse o hacer copias digitales de algún fragmento de esta obra. (www.conlicencia.com; 91 702 1970 / 93 272 0447).

ISBN: 978-84-350-4936-8

Depósito legal: B 15923-2023

Producido en España

«Manuel Lozano tomó la ametralladora pesada y Juan Rico la ligera, y empezaron a disparar contra ellos pese al fuego que venía hacia nosotros, la oscuridad y las circunstancias en las que nos sorprendieron. Abatieron rápido el vehículo enemigo. Lograron, además, matar a dos alemanes y capturar a un tercero».

Relato de Raymond Dronne,
capitán de La Nueve

«Guerrillero español: en ti saludo a tus bravos compatriotas, por vuestro valor, por la sangre vertida por la libertad y por Francia. Por tus sufrimientos, eres un héroe francés y español».

Charles de Gaulle,
general y estadista francés

«¿Y esos tanques? ¿Veo claro? ¿Son ellos? Sí, son ellos. Son los españoles. Veo la bandera tricolor; son los que, atravesando el África, llegan hasta los Campos Elíseos. Los tanques llevan nombres que son una evocación: Guadalajara, Teruel, y son los primeros que desfilan por la gran avenida.

París aplaude. París aplaude a los españoles curtidos en una lucha de nueve años, que sonrían hoy al pueblo liberado.

París aplaude a la España heroica de ayer, a la España libre, democrática y fuerte de mañana.

Parece un sueño... Parece un sueño».

Victoria Kent, 26 de agosto de 1944

*A mi abuelo José y mi tío Fermín Jiménez de Bentrosa.
A Avelina, Carmen, Julio, Estigio y Silviano Díaz Calvo.
Porque ellos también lucharon por la libertad.*

ÍNDICE

Capítulo 1: Jerez	15
Capítulo 2: ¿A casa?	27
Capítulo 3: La huida	29
Capítulo 4: La Guerra Civil	37
Capítulo 5: A la deriva	47
Capítulo 6: El funcionario	55
Capítulo 7: Los infiernos de Djelfa y Colomb-Béchar	57
Capítulo 8: El cuadrilátero	63
Capítulo 9: Muerte	69
Capítulo 10: Liberados	79
Capítulo 11: Por la ventana	83
Capítulo 12: Rommel, ¿el invencible?	87
Capítulo 13: La Nueve	93
Capítulo 14: El mono de los cosacos	99
Capítulo 15: A Europa	107
Capítulo 16: Trámites	113
Capítulo 17: Inglaterra	117
Capítulo 18: Normandía	123
Capítulo 19: <i>Ecouché</i>	133
Capítulo 20: «Entren en la capital»	141
Capítulo 21: Matar	145
Capítulo 22: París	147
Capítulo 23: La liberación	153
Capítulo 24: Erika	161
Capítulo 25: A Alemania	169

Capítulo 26: Lo mejor.	177
Capítulo 27: Pies congelados	181
Capítulo 28: Nido del Águila	185
Capítulo 29: Dachau	195
Capítulo 30: ¿Y ahora qué?	199
Capítulo 31: Diego Moreno.	205
Capítulo 32: Una nueva vida	209
Capítulo 33: Regreso ¿a casa?.	213
Capítulo 34: El declive	219
Capítulo 35: Manuel Rodríguez	223
Capítulo 36: El futuro.	229
Capítulo 37: La periodista	233
Capítulo 38: Fuera de casa	239
Capítulo 39: El pasado	243
Epílogo	249
La Nueve.	257
Condecoraciones concedidas a Manuel Lozano. . .	271
Nota histórica	273
Agradecimientos	277
Bibliografía	281

CAPÍTULO 1

JEREZ

1934

*Nací soñando,
me acuesto soñando,
me levanto soñando.*

Paró frente al taller, como siempre que pasaba por allí. Permaneció otra vez hipnotizado durante un buen rato. Era incapaz de resistirse al efecto que producía aquella escena en él. Vio cómo el fuego transformó de golpe el negro del pelo de aquella gitana en un rojo intenso. Manuel nunca estuvo seguro de si ella seguía trabajando ajena a su presencia o si era consciente y simulaba no darse cuenta. En realidad, tampoco le importaba demasiado. Pocos hombres en Jerez cuestionaban el atractivo de su belleza salvaje, pero a él lo que le atraía era su forma de trabajar. El suelo tembló con cada martillazo; los sintió en los pies y en las sienes. Uno, otro, otro... Hasta que paró unos segundos para secarse la frente sudorosa. En ocasiones saltaban los clavos como chispas de fuego. Admiraba esa fuerza, su habilidad, la capacidad de construir a partir de lo que ella misma había destruido antes. Le daba igual lo que fuese. Tenía la misma maña con todo, viejas cerraduras o

puertas. Las metía en la fragua, luego sobre el yunque, y comenzaba a darle al martillo hasta convertirlas en creaciones maravillosas.

Continuó caminando hasta la Casa Colectiva, en la calle Ávila. Allí tenía su sede la Sociedad de Arrumbadores a la que pertenecía, y en cuyas actividades estaba cada vez más implicado, más incluso que en las de las Juventudes Libertarias, de las que también formaba parte. Tenían reunión aquella tarde de finales de verano. Nada importante, en principio, o eso creía él, pero aprovecharía para entrar después en la biblioteca, en el mismo edificio; un oasis de cultura en una ciudad en la que casi la mitad de sus habitantes eran analfabetos.

Manuel tenía que elegir unos textos para llevarlos al día siguiente a una de las charlas que ofrecía en las viñas de la carretera de Sanlúcar. Había aprendido a leer y escribir un par de años atrás en el propio sindicato y desde entonces formaba parte de un grupo de jóvenes que editaban revistas y periódicos, asistían a conferencias, organizaban representaciones teatrales o daban clases y charlas en los cortijos cuando se reunían los jornaleros tras un duro día de trabajo. Recorrían kilómetros y kilómetros a pie para enseñar a quienes querían aprender y comentar con ellos textos de autores libertarios a la luz de un candil. El movimiento gozaba de una gran implantación e influencia en la zona. La CNT, la principal fuerza sindical en Cádiz, tenía más de cuarenta mil afiliados en aquellos años.

Aquella tarde en la biblioteca volvió a encontrarse con Avelina Díaz Calvo, una joven algo mayor que él con la que le gustaba charlar. Delgada, baja, con el pelo castaño y los ojos color miel, su físico no casaba con el modelo de belleza femenina del momento, pero su atractivo era

incuestionable gracias a una personalidad arrolladora. Era consciente de la fuerza de su mirada, penetrante y con un poder de persuasión al que muy pocos escapaban, y no dudaba en recurrir a él cuando quería conseguir algo.

Casi todos en Jerez la conocían por ser la impulsora del primer movimiento feminista en la ciudad, junto a María Luisa Cobo y Antonia Cantalejo. Y por su carácter. Era una mujer brava, rebelde, con las ideas claras y vehemente en las formas, de las que no solía achantarse ante nada ni ante nadie. Manuel la admiraba. Esos ratos de charla con ella eran para él un regalo y una oportunidad para aprender. No se perdía sus columnas en la prensa libertaria, a veces firmadas con curiosos seudónimos pero que él reconocía siempre. Su carácter guerrero la delataba. Él guardaba un recorte de uno que le llamó especialmente la atención, escrito en *La Voz del Campesino* dos años atrás, en el que pedía juicio y ejecución para los militares monárquicos de la Sanjurjada.

—¿Qué tal? —le preguntó—. ¿Buscando material para otro de tus artículos?

—Pues sí. —Avelina giró la cabeza, dejó en la estantería el libro que estaba ojeando, y se acercó a él tanto que pudo sentir su aliento—. ¿Y tú qué haces por aquí hoy?

—Elijiendo unos libros para mañana. —Manuel no paraba de frotarse las manos—. He quedado en ir a leerles a unos compañeros en la carretera de Sanlúcar.

—Qué bien. Me encantaría acompañarte algún día.

—Claro, cuando quieras —respondió él mientras se sujetaba las manos por la espalda—. Seguro que estarían encantados.

—¿Y tú?

A Avelina se le dibujó una sonrisa malévolamente en la cara.

—Yo también, por supuesto.

Manuel apartó la mirada de ella, se giró hacia la estantería y se puso a curiosear libros. Sabía que Avelina no coqueteaba, que no se sentía atraída por él. Tampoco la veía más que como una simple amiga, pero no podía evitar sentir aquellos nervios cada vez que se encontraban. Le costaba romper el hielo debido a su carácter arrollador. Después, poco a poco, todo empezaba a fluir y acababa participando en ese juego que casi siempre iniciaba ella.

El resto de la familia de Avelina también era bastante conocido en Jerez. Todos eran anarquistas, de los que se mojaban sin importarles las consecuencias. Raro era no ver a alguno de sus hermanos, Silviano, Estigio, Carmen o Julio, en cualquier actividad de la CNT. Julio era quizás el más impulsivo, y el más parecido a Avelina, aunque ésta lo superaba en cultura.

Aquella tarde, como tantas otras, la acompañaba Ramona, una joven morena, risueña y bastante tímida que llevaba el pelo recogido en un moño y un vestido de rayas azules con cuello y mangas hinchadas. Parecía haberse dispuesto para el baile de los sábados. Contrastaba con Avelina, que vestía falda negra y camisa blanca arremangada y con el primer botón desabrochado.

Manuel les propuso ir a tomar algo. Ellas aceptaron, como casi siempre.

—Pero tú invitas —le dijo Avelina—. Que en Jerez todos sabemos que manejas cuartos.

Manuel, que entonces seguía portando los apellidos de su padre y de su madre, Pinto y Quirós, pertenecía al gremio de los arrumbadores, cuyos miembros disponían de un jornal bastante decente para la época. Estaban considerados poco menos que la aristocracia entre los que chorreaban sudor y tenían callos en las manos. Con sus camisas blancas también arremangadas y sus fajas negras

bien ceñidas, el trabajo requería de un considerable despliegue de fuerza, algo de lo que él andaba más que sobrado pese a su delgadez.

Siempre supo buscarse la vida, sin importarle ni los horarios ni la dureza, a pesar de la fama que arrastraba por culpa de su querencia al buen vestir y a embadurnarse el pelo de gomina. Porque Manuel era un joven coqueto. Siempre iba impecable, con la ropa perfectamente planchada, sus pobladas patillas recortadas y bien alineadas y dejando a su paso un intenso olor a agua de colonia concentrada. Sus ojos oscuros, la tez morena y ese pelo negro repeinado, sin raya por aquello de disimular los remolinos, lo situaban en el grupo de los hombres atractivos.

Eligieron de nuevo el tabanco El Pasaje. Aquel despacho de vinos llevaba apenas nueve años abierto, pero ya se había convertido en unos de los referentes de la ciudad.

—¿Y cómo está tu Lola? —preguntó Avelina. Rio y miró a Ramona, que había preferido un mosto—. A ver si se va a enfadar otra vez cuando se entere de que has estado aquí con nosotras.

—Qué va. Tranquila. Tiene carácter, pero ya ha comprendido que no tiene nada que temer ni contigo ni con ella —respondió, mientras señalaba a Ramona con un gesto, sosteniendo así con agilidad el envite—. Lo siento, pero no sois mi tipo. Eres demasiada mujer para mí, ya lo sabes.

—Pues cuando vea lo despeinado que estás hoy no sé yo si va a pensar lo mismo.

Manuel se echó las manos a la cabeza y empezó a tocarse el pelo, pero cuando vio las miradas que se cruzaban las dos chicas comprendió que se trataba de otra broma de Avelina.

Rieron ajenos a las miradas de algunos clientes, extrañados por la presencia de dos mujeres en un local habitual-

mente frecuentado sólo por hombres. Ya estaban acostumbrados, incluso les gustaba saber que provocaban aquella sensación de incomodidad. Hablaron de política y el movimiento sindical jerezano, los temas de conversación preferidos de Manuel y Avelina. Ramona era más callada, y esos temas, además, le importaban menos.

–Sí, sí –dijo Avelina con un tono grave y un tanto solemne, más propio de un mitin que de una charla de amigos–. Que es indispensable completar una auténtica revolución, vale. Estoy de acuerdo contigo. Pero, si de verdad la queremos, debemos tener presente que la misma tiene un principio primero que es la igualdad económica y social, pero no sólo de las clases, sino de los sexos.

Aquella sentencia impresionó a Manuel. Fue como una iluminación. Otra más. ¡Tenía razón! Compartía esas premisas, pero él nunca lo hubiese expresado tan bien. Lo memorizó para usarlo en sus charlas a los jornaleros en las viñas. Pero quería armarse de argumentos, así que volvió a meterle los dedos.

–¿Pero no crees que las conquistas deben realizarse poco a poco? Intentar abarcarlo todo de golpe a lo mejor es un error.

Entró al trapo, como siempre. Ramona, aún con la boca callada, sonrió. También se había dado cuenta de que eso era lo que buscaba Manuel.

–¿Cómo? ¿Un error? ¿Tú eres consciente de la situación de atraso en la que se encuentra la mujer en este país? Y más en esta ciudad. Ya es hora de que supere su sumisión al hombre, al padre, al marido, al hijo. No somos esclavas ni sirvientas de nadie.

Volvieron a atraer las miradas de clientes del tabanco. Manuel se dio cuenta y cambió de tema.

–Oye, ¿y de todo esto qué opina tu Miguel?

Se refería a Miguel Sánchez, otro activo cenetista jerezano con quien Avelina mantenía una relación, aunque a ella no le gustase reconocerlo. «Sólo somos amigos», solía decir. Pero Manuel sabía que lo suyo era algo más. Miguel andaba casi siempre metido en líos por asuntos sindicales. Era de los de acción directa, siempre dispuesto a secundar una huelga, a las acciones de sabotaje, a ocupar espacios públicos o de trabajo, o probar cualquier método innovador que los ayudase a alcanzar sus objetivos, aunque fuera violento. La Guardia Civil lo tenía entre ceja y ceja, lo que le valió un puñado de detenciones que Avelina, lejos de recriminarle, también se tomaba como reconocimientos a una lucha necesaria, pequeños trofeos de guerra que demostraban su compromiso y disposición.

–No empieces, Manuel, que te conozco –respondió ella–. Ya sabes lo que piensa Miguel sobre estos asuntos. Es un tío de los pies a la cabeza; siempre me ha respetado y siempre me respetará, así que...

–Como debe ser. –Una leve sonrisa esbozó un gesto triunfal en el rostro de Manuel, que no pasó desapercibido para ella.

–Exacto. Como debe ser. Y no me busques, que ya te he dicho que Miguel y yo sólo somos amigos. A él le gusta ir por libre, igual que a mí.

–Lo sé, pero creo que él a veces se pasa de la raya. Es demasiado impulsivo, cualquier día se va a buscar un disgusto serio. Y puede que entonces te lo busque a ti también, ya te lo he dicho muchas veces.

El silencio de Avelina dejó claro que no quería seguir hablando de aquella cuestión, así que Manuel pidió otro vino y cambió de objetivo. Era el turno de Ramona. Le encantaba poner a prueba su timidez.

–¿Y tú qué? ¿Cuándo nos vas a presentar a tu novio?

–Déjala en paz, Manuel, por favor –intercedió Avelina–. Mira que te gusta pincharla.

Ramona bajó la mirada. En ese momento hubiese dado lo que fuese por desaparecer de allí. O porque la dejase en paz. Sabía que Manuel se había enterado de que un conocido suyo, un joven compañero sindicalista de otro gremio, la andaba rondando y que ella se dejaba querer.

–¿Cuándo nos lo vas a presentar? –le preguntó.

–¡Manuel! –protestó ella.

–Venga, mujer, que todos en Jerez saben ya lo nuestro –insistió él entre risas–. ¿O te crees que la gente es tonta? Se os nota a lo lejos.

Avelina también rio, no pudo evitarlo. Y Ramona acabó contagiándose.

–Está bien. Os lo presentaré. La semana que viene podríamos quedar un día los seis.

–¿Los seis? –preguntaron Avelina y Manuel a la vez.

–Claro. Los seis. Lola, Miguel, mi amigo y nosotros tres.

–Muy bien, Ramona –la felicitó Avelina entre risas–. ¡Ahí le has dado bien!

–Mírala, y parecía tonta la niña.

Se hacía tarde. Avelina debía terminar un artículo para el día siguiente, a Ramona la esperaba su madre en casa y él tenía que ir a buscar a su gitana, su Lola. Manuel era consciente de que lo iba a acosar para saber dónde había estado. Y así fue en cuanto lo tuvo delante. Él, fiel a su compromiso de no mentirle jamás, le contó la verdad.

* * *

–He ido a la biblioteca y después he estado con Avelina y Ramona tomando algo.

El ceño fruncido daba a entender que mucha gracia no le hacía, pero Lola no le reprochó nada. Tiempo atrás le prometió que nunca más lo haría y vaya si se mantuvo fiel a ese compromiso. En el fondo tampoco le preocupaba que de vez en cuando se fuese a tomar algo con Avelina y Ramona. Saltaba a la vista que no existía atracción alguna entre ambos. Pero lo que ya no llevaba tan bien eran las habladurías de la gente.

Lola era guapa, de las que llamaba la atención a primera vista. Pese a su pelo rubio y el brillo de sus ojos, la suya era una belleza racial, imponente, en contraste con su carácter, risueño y un tanto tímido. Hasta que cogía confianza. Entonces se transformaba. Le gustaba cantar, bailar y conversar. Y hablar, mucho. En ocasiones era como si las ideas atropellasen sus palabras. Manuel le había aconsejado controlar esa incontinencia verbal, pero era incapaz.

Fueron caminando de la mano hasta el café Alegría. Pidieron dos helados. En el gramófono del local sonaba la Niña de la Puebla. Se sentían felices.

* * *

La había conocido en el Teatro Villamarta, que por aquel entonces también acogía proyecciones de cine. Él iba siempre que podía. Aquella noche llegó tarde, con la sesión empezada y las luces apagadas. Se sentó a tuestas en el primer sitio que intuyó que estaba libre, sin fijarse en quién estaba a su lado hasta que una fragancia llamó su atención. El perfume lo perturbó de tal manera que ya apenas pudo concentrarse en la película.

Tuvo que esperar a que terminase la proyección y encendiesen las luces. Allí estaba ella. Su imagen se presentó ante él como una aparición. Manuel sintió cómo se le ace-

leraba el corazón. Latía con tal fuerza que por un momento temió que ella lo escuchase. ¡Pom! ¡Pom! ¡Pom!

Todo sucedió entonces muy rápido. Una mirada compartida. A ella se le cayó el pañuelo. Él se agachó a cogerlo. Ella también. El roce de sus manos. Dos pares de labios enfrentados. Manuel estuvo tentado de besarla, pero sólo tuvo el coraje de sonreír. Lola también.

–Niña, ¿tú conoces a ese joven? –le preguntó la chica que la acompañaba. Era su hermana.

–Es el carbonero –respondió ella sin dejar de mirarlo.

Él no se atrevió a corregirla, así que le devolvió una sonrisa cómplice. Entonces se armó de valor.

–¿Cuándo nos vemos? –le soltó. Sabía que no lo hubiese hecho si se hubiese parado a pensarlo, pero interpretó que ella le estaba dando pie.

–Trabajo de criada –respondió decidida, pícara–. Mañana, cuando vaya a la compra, podemos vernos, si quiere. En la plaza Plateros.

–Allí estaré.

Manuel se despidió y marchó tan emocionado que ni cayó en que no habían concretado la hora de la cita. Así que, tras una noche sin pegar ojo, al día siguiente se plantó en la plaza a las ocho de la mañana para esperarla. Ella apareció un rato después sonriente, a sabiendas de que él la esperaba nervioso. Vestía un traje negro y delantal blanco. Era su uniforme de criada, pero a él le daba igual: volvió a parecerle la mujer más bella del planeta.

–Hola, rubia –la saludó, decidido a disimular su inquietud.

–Hola, moreno –respondió ella, dispuesta a no dejar que él tomara la iniciativa.

Manuel sudaba.

Tras los helados en el Café Alegría, Manuel la acompañó a casa. Al despedirse, Lola sacó de su bolso un pequeño libro y se lo dio.

–Lee esta novela.

–¿Por qué? ¿Qué pasa?

–No, no –respondió ella riendo–. Tranquilo. Sólo quiero que la leas, pero sólo tú, no en ninguna de esas reuniones que tienes en los cortijos. Será nuestro libro, tuyo y mío. Cuenta nuestra vida y... Bueno, tú lo lees y me dices.

Él cogió el libro sin disimular su extrañeza. Leyó el título: *Primer amor*. No había oído hablar nunca de aquel autor de nombre impronunciable: Iván Turguénev. Permaneció unos segundos mirando la portada. Pensó que se trataría de otra novela romántica de las que le gustaban tanto a ella. La guardó en uno de los bolsillos de su chaqueta de pana, sonrió y besó a Lola antes de marcharse. Decidió que aquella misma noche empezaría a leerla.

CAPÍTULO 2

¿A CASA?

Febrero de 2000

Manuel no sonríe. Mira al otro lado de la ventana. Está sentado en un desgastado sillón de polipiel verde, junto a la cama de su habitación. Está en una residencia situada unos dieciséis kilómetros al norte de París. Es la quinta por la que ha pasado en los últimos meses, y de más de una ha intentado escapar. No soporta estar encerrado.

Su cuerpo está all , pero su mente no. Ha viajado lejos. Hasta que la llegada de Elisa Abreu lo devuelve a aquel lugar del que también le gustaría salir corriendo. Entra sin llamar. Su rostro dibuja una amplia sonrisa, aunque no dice nada hasta que llega a su lado.

–Traigo buenas noticias, Manuel –dice, mientras acaricia su mano y se sienta en el borde de la cama.

Es una habitación pequeña, fría, sin lujos. Parece de hospital. El blanco avejentado de la sábana, el marrón pastel de la pared y la mezcla de rosas pálidos de las cortinas casan bien con la austeridad del mobiliario: la cama, la silla, una mesa blanca y un armario minúsculo. No hay más, aunque tampoco le hubiese hecho falta; siempre ha vivido sin lujos, adaptándose a las circunstancias.

 l responde con una sonrisa forzada.

– Qu  le pasa? –pregunta ella con el ceño fruncido.

No obtiene respuesta.

–Escuche con atención. Ese señor –dice mientras señala a la puerta, donde permanece un hombre con gesto serio– ha venido conmigo para ayudarlo a volver a Jerez y pueda quedarse a vivir allí.

Manuel sigue en silencio mientras mantiene la sonrisa congelada y la mirada clavada en Abreu.

–Pero si es lo que quería... ¿No?

El gesto se le vuelve hosco y dirige la vista al otro lado de la ventana.

–¡Ya estamos otra vez! –se queja.

–¿Ya estamos qué? –pregunta el hombre que ha llegado con ella.

–Otro de sus viajes. Últimamente le da mucho por viajar sin moverse de aquí. Creo que es lo único que le reconforta: sus recuerdos. No estoy segura ni que haya entendido lo que le he dicho.

–¿Y entonces? ¿Qué hacemos ahora? –pregunta él mientras mira la hora en el reloj.

–Esperar. No queda otra. Esperar a que vuelva para explicárselo todo con detalle.

–¿Cree que servirá de algo? No tiene mucha pinta de enterarse de nada.

–No lo sé, pero es lo que debemos hacer, así que mejor que se ponga cómodo. ¿O tiene usted una idea mejor?

CAPÍTULO 3

LA HUIDA

Julio de 1936

*... murieron
en la viña.
Tierra amarilla
regada
con sangre anarquista...*

Jerez llegó a julio de 1936 dejando atrás un largo e intenso periodo de crispación política y social. La CNT, tras una primera fase de vuelta a la legalidad y reconstrucción interna, había iniciado en 1932 una segunda ya de marcado carácter revolucionario, en la que buscaba avanzar en el comunismo libertario poniendo en evidencia la que consideraba incapacidad del régimen republicano para hacer frente al avance del proletariado.

Manuel formó parte de todo aquello. Para entonces ya era arrumbador y, por tanto, había abrazado el anarcosindicalismo de la CNT. Una tendencia que se radicalizó con la sustitución de los líderes treintistas por otros vinculados a la FAI, la Federación Anarquista Ibérica. La apuesta pasó ya a ser abiertamente la violencia revolucionaria, que se canalizó en las asambleas y en el semanario *La Voz del Campesino*, en el que escribía Avelina Díaz Calvo.

Siguieron las huelgas, la clase obrera se mantuvo muy ligada al anarcosindicalismo, el republicanismo jerezano acabó dividido, la alta burguesía abrazó el monarquismo conservador, resurgió el derechismo (ganó las elecciones en noviembre de 1933), se multiplicaron las protestas sindicales, apareció Falange Española, se recrudeció la violencia, las izquierdas del Frente Popular ganaron las elecciones... Y entonces llegó el golpe del 18 de julio de 1936.

Manuel tuvo que tomar una decisión: quedarse o huir. En un primer momento no lo tuvo claro, pero su padre sí.

—No hay nada que pensar. —Estaban sentados en la mesa de la cocina, uno frente al otro. Le agarró la mano izquierda con las dos suyas y apretó con fuerza. Hablaba bajo, casi susurrando—. Tienes que marcharte. Van a venir a por ti, lo sabes y...

—Y a por usted, también lo sabe.

Su padre se llevó el dedo índice de su mano derecha a la boca para pedirle que hablase más bajo. Miró a la puerta durante un par de segundos. Después apoyó los codos sobre la mesa y empezó a rascarse el pelo con ambas manos mientras miraba el plato de caldo que tenía ante él. Aún no lo había probado.

—No alces tanto la voz —le dijo por fin—, que se va a enterar algún vecino.

Manuel miró a un lado y a otro y, tras dudar unos segundos, asintió con la cabeza.

—Mira, hijo, la cosa está muy fea. Y esta gente no se anda con tonterías, ya lo estás viendo. Eres joven, tienes mucho que vivir...

—¿Y usted? —Esta vez fue Manuel quien le agarró una mano sin dejar de mirarlo.

–Yo ya soy mayor. Además, éste es mi sitio. Aquí está mi hogar, mis recuerdos... Es donde conocí a tu madre, nos casamos, te tuvimos a ti... –continuó con la voz entrecortada–. Y yo ya sería un estorbo más que otra cosa. Así que hazle caso a tu viejo padre y márchate de Jerez.

Manuel bajó la mirada a su plato de caldo, que también había dejado de humear sin que lo hubiese probado. Su mente viajó entonces al año 1921, a una tarde en aquella misma cocina.

–Ven aquí un momento, hijo.

–Es que me están esperando fuera para jugar –le había ido a responder él. A su amiguito Agustín, sus padres le habían regalado una pelota nueva y habían quedado para ir a estrenarla a una plazoleta cercana, la de Melgarejo, donde se reunían cada tarde los niños del barrio.

–Qué bien, pero espera un momento, por favor... Tengo algo importante que decirte.

La cara de su madre al empezar a hablar se le había quedado grabada a fuego. Incluso su mente de niño de cinco años fue capaz de intuir que algo no marchaba bien. Con unos golpecitos en las piernas, la mujer lo instó a acomodarse en su regazo. Manuel también recuerda el intenso olor a puchero y alrededor de media docena de patatas recién peladas esparcidas en la mesa. Y su preocupación por lo que pudiera decirle su madre a continuación.

–¿Qué pasa?

–Tienes que prometerme algo –le dijo, y encogió el dedo meñique de su mano derecha y se lo acercó a su hijo, invitándolo a que él hiciese lo propio y lo entrelazase con el suyo. Era la forma que tenían de sellar las promesas importantes.

–¿El qué?

—Que le vas a hacer caso siempre a tu padre. ¿Prometido?

—Pero si yo siempre hago caso a los dos... —respondió Manuel con las cejas enarcadas.

—Lo sé, lo sé. Sé que eres un niño muy bueno, sólo te pido que a partir de ahora le hagas más caso todavía a tu padre.

Volvió a acercarle el dedo meñique encogido. Manuel guardó silencio, pero entrelazó su dedo con el de su madre.

* * *

Aquella tarde de julio de 1936 terminó cumpliendo la promesa que le había hecho a su madre quince años antes, la misma tarde en la que murió por culpa de unos malditos bultos que no pudieron combatir porque el tratamiento era muy caro y no podían permitírselo.

—¿Sabe lo que le digo, padre? Que voy a hacerle caso.

Se marchó la madrugada siguiente, sin despedirse de nadie para evitar riesgos innecesarios. Ni siquiera de Lola, por no ponerla en peligro. Pero lo hizo con la convicción de seguir luchando contra quienes querían acabar con él por ser de la CNT, un rojo libertario, un peligroso enemigo de los falangistas. Tenía decidido, aunque no se lo dijese a su padre, que empuñaría las armas. Desconocía cómo y dónde, pero lo haría.

—Y mucha cabeza, Manuel, ten mucha cabeza.

—Lo haré, padre. Dígale a Lola que la quiero mucho. Que no sufra, que volveré pronto. Por favor, dígaselo.

—Descuida. Y tú... Sé que vas a luchar, a mí no me puedes engañar, pero ten mucho cuidado. No soportaría que te pasase algo.

–Aún no sé lo que haré, pero tranquilo –insistió Manuel. Su emoción estaba ya a punto de traducirse en lágrimas.

–Espera aquí un momento –le pidió su padre antes de ir a la cocina. Volvió unos segundos después con algo en su mano derecha que Manuel no pudo distinguir en un primer momento–. Toma esto.

Abrió la mano y le acercó unos billetes. Manuel intuía que era todo lo que tenía, buena parte de lo poco que le quedaba para pasar el resto del mes más los escasos ahorros que había logrado reunir con mucho esfuerzo.

–Padre...

–No digas nada, hijo. Vete ya.

Manuel salió de la casa sin echar la vista atrás. Una vez en la calle, paró unos segundos y respiró hondo mientras miraba a su alrededor. Intuía que no volvería, que posiblemente se estaba despidiendo de su casa para siempre, de su barrio de Santiago y de su Jerez. Tenía ganas de llorar, pero se contuvo.

Entonces reconoció a la mujer que enfilaba esa misma calle. Era Avelina. Vestía pantalón de pana y una camisa a cuadros de lana. Un ajustado gorro gris de tela completaba su disfraz. Resultaba difícil reconocerla. La joven miró atrás varias veces mientras caminaba con determinación, sin que nada mostrase lo que sentía en realidad. Tenía miedo. Y mucho. Más del que había sentido nunca. Era consciente de que estaba en la lista de enemigos de los falangistas y que en cualquier momento irían a por ella, al igual que a por Manuel. Era posible, incluso, que ya la estuviesen buscando. Manuel sabía que ella también estaba en peligro y le propuso que lo acompañase sin tan siquiera saludarla antes.

–Aquí en Jerez ya no podemos hacer nada.

–¿Cómo puedes decir eso? –Avelina apretó los labios mientras negaba una y otra vez con la cabeza–. Claro que se pueden hacer cosas, al menos mientras no salgamos todos corriendo a las primeras de cambio.

Las palabras y el tono sorprendieron a Manuel. Le molestó el reproche, aunque intentó disimularlo.

–¿Tú crees que es plato de gusto irme de Jerez? ¿No puedes pensar que quizá puedo ser más útil en otro sitio? Sobre todo, si sigo vivo. Mira Miguel. Él también huyó hace tiempo. ¿También es un cobarde?

Habían roto y hacía ya un tiempo que ella salía con otro jerezano. Aunque no se lo reconociese, le gustaba que su nuevo novio no estuviese implicado ni en movimientos obreros ni políticos. Estaba convencido de que Miguel Sánchez le hubiese acabado trayendo problemas. Era uno de los anarquistas más activos de la ciudad, hasta el punto de que había estado en la cárcel, de donde se fugó cuando supo que el fiscal pidió dieciocho años de prisión. Nadie sabía dónde estaba, aunque Manuel sospechaba que ella sí.

–No hables así de él, te lo advierto. Aquí hay mucho valiente de boquilla, pero...

–¿Pero qué? –Manuel estalló y se encaró con ella. No estaba dispuesto a consentir que siguiese por ahí. Esta vez no iba a sentirse intimidado–. ¿Te crees más que nadie o qué? ¿Tú quién te piensas que eres para juzgarme? ¿Eh?

–Manuel... –Sorprendida, Avelina intentó entonces rebajar la tensión–. Tranquilo, que tampoco es para ponerse así.

Se miraron unos segundos en silencio.

–Tienes razón –acabó reconociendo ella mientras dejaba caer los hombros y bajaba la mirada–. Todos somos libres de actuar como creamos. Y de luchar como mejor veamos. Tú lejos y yo aquí en Jerez, con mi familia, porque

éste es mi sitio. No he querido llamarte cobarde, lo sabes –volvió a mirarlo a los ojos–, entre otras razones porque sé que no lo eres. Adelante, pero, por favor, tú tampoco me juzgues por no acompañarte.

No necesitaron decirse nada más. Bastó un abrazo intenso. Y corto, porque ambos sabían que si los pillaban a esas horas en la calle podían darse por muertos.

–¿Y Ramona? –preguntó Manuel antes de terminar de despedirse.

–Me ha dicho que se queda también en Jerez. Su madre y sus hermanos la necesitan.

–¿No correrá peligro?

–Ninguno de los nuestros está seguro, está claro, pero, no sé, no creo que la tomen con ella. Nunca ha sido especialmente conflictiva.

–Ya, pero...

–Los falangistas tienen otras prioridades antes que Ramona. Yo misma, sin ir más lejos. Irán antes a por su padre o algunos de sus hermanos, que a esos seguro que sí les tienen ganas. O a por su novio, pero ella... Si la pobre es más buena que el pan.

–De todas formas, tened cuidado, Avelina, por favor.

–Lo tendremos, Manuel. Tú también.

Volvieron a fundirse en un abrazo. Después se miraron unos segundos a los ojos, en silencio, antes de seguir sus respectivos caminos, una calle arriba y el otro en dirección contraria. Él no pudo contener esta vez las lágrimas. Avelina tampoco. Ambos intuían que ya no volverían a verse.